

Los argonautas de Vicente Blasco Ibáñez: anhelos de reconquista hispánica en la emergencia de España y Argentina como modernos estados nación

María Victoria Sánchez Samblás

Columbia College

Resumen: En 1909, Vicente Blasco Ibáñez propalaba en Argentina un encendido hispanismo donde dialogaban dos discursos indispensables para las relaciones España-Argentina a principios del XX: el hispanoamericanismo peninsular post-98 y el nacionalismo cultural del Centenario argentino. Ambos, ante una ingente emigración con foráneas ideologías, confluían en un coyuntural anhelo, si bien distinto en intereses, de supremacía hispánica en Argentina. La novela *Los argonautas* (1913-1914) congela e internacionaliza ese encuentro discursivo al recuperar los principales postulados del hispanoamericanismo y canalizar simultáneamente las reivindicaciones del tradicionalismo criollo del Centenario. La novela es un original espacio transatlántico donde supremacía hispánica es argumentada no sólo por el “colonizador” sino por el “colonizado” para su propio plan nacionalista.

Palabras clave: Vicente Blasco Ibáñez – Conquista de América – hispanoamericanismo peninsular post-1898 – Centenario argentino 1910 – *civilización o barbarie* – criollismo.



Entre 1913 y 1914, el escritor español Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) escribía la novela *Los argonautas*.¹ Marcadamente autobiográfica, relata una travesía en trasatlántico a principios del XX de Europa a Argentina. En 1909, unos años antes, el escritor había hecho el mismo periplo invitado como conferenciante al Centenario de ese país.² Mitad quijote y

¹ Todas las citas de la novela *Los argonautas*, publicada entre 1913 y 1914, han sido tomadas del tomo segundo de las *Obras completas* de Vicente Blasco Ibáñez publicadas en Madrid por la editorial Aguilar en 1961. Las obras ha sido reeditadas posteriormente entre 1967 y 1977 en 6 volúmenes.

² Para esa fecha sus novelas valencianas, publicadas entre 1894 y 1902, le habían ganado un reconocido lugar dentro de la corriente naturalista peninsular. Iniciaba con este viaje un nuevo periodo literario dejando atrás un accidentado currículo como revolucionario y político beligerante. Hasta la fecha, había provocado algaradas, emigrado a Francia e Italia, frecuentado el presidio y sufrido grandes penurias económicas. Había sido elegido cuatro veces diputado por Valencia y fundado *El pueblo*. Había denunciado la realidad nacional en sus novelas del ciclo valenciano: *Arroz y tartana* (1894), *Flor de mayo*

conquistador se presentó en busca de antiguos afectos como embajador de una prestigiosa identidad hispánica compartida con Argentina. Propaló un nacionalismo tradicionalista donde las glorias de cultura, religión e historia, particularmente la Conquista, privilegiaban a la Península como guía para la moderna nación argentina.³ En su campaña, divulgación patriótica y afán educativo serían esenciales.

La élite criolla tradicionalista y la importante colonia española aplaudirían su encendido y conquistador hispanismo. Esta aventura se enmarcaba y respondía en parte a la ingente arribada de emigrantes a Argentina. La colonia española y particularmente el criollismo de ascendencia hispánica confraternizarían en desasosiegos al ver peligrar ante ideologías extranjeras y subversivas su proyecto nacional eminentemente oligárquico, patriarcal y conservador. Esta misiva donde Blasco exponía a su editor Sempere los objetivos de su viaje refleja este clima: “[r]esucitar y mantener la lejítima (sic) influencia del alma española (sic) en este progresivo país, tan solicitado por los extranjeros (sic)” (Blasco Ibáñez, Sempere 66).⁴

La escritura posterior de *Los Argonautas* ofrecería a Blasco un espacio ficcional donde recordar e ilustrar pero también cuestionar y problematizar este espacio de confraternidades trasatlánticas coetáneo a sus experiencias y producción en Argentina. La novela, fuertemente descriptiva y salpicada de digresiones sobre la Conquista, narra la travesía del *Goethe* en los años previos a la Primera Guerra Mundial de Europa a Buenos Aires. Ofrece una excepcional foto fija de la variopinta emigración en intereses, clases sociales y nacionalidades hacia Argentina en este periodo. Las conversaciones y peripecias de los españoles Fernando de Ojeda, burgués y poeta, e Isidro Maltrana, buscavidas periodista, son su columna vertebral. Entre otros pasajeros, dos criollos argentinos, Doña Zobeida y el doctor Zurita, confraternizarán especialmente con ambos españoles. Ojeda, aunque fija discursivamente su viaje en el espiritualismo y el tradicionalismo, actúa por el contrario participando de la modernidad, materialismo y carnalidad que recorren el trasatlántico. Maltrana, pragmático y materialista, ensalzaría abiertamente estas realidades censurando los, a su juicio, vacuos idealismos de Ojeda, los cuales retrotrae al impostado altruismo de la Conquista. La confrontación entre ambos no obstante nunca será total. La novela privilegia un espacio polifónico de

(1895), *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900) y *Cañas y barro* (1902) y en su tetralogía social: *La catedral* (1903), *El intruso* (1904), *La bodega* (1905) y *La borda* (1905).

³ Once conferencias pronunció Blasco Ibáñez. Las citas de estas conferencias han sido tomadas del IV tomo de las *Obras Completas* de Vicente Blasco Ibáñez.

⁴ Su alarma ante la pérdida de predominio español emergía más rotunda en estas palabras publicadas en el periódico *El pueblo*: “Procurar con una empresa seria de colonización que el elemento español se haga dueño de la tierra y no vaya cayendo en manos de italianos y alemanes como ocurre hasta ahora: gentes que borran la influencia de nuestro idioma, y de nuestra raza en este país de origen español” (Tortosa 380).

defensa y subversión de discursos. Finalmente, debe recordarse que Blasco había proyectado la novela como apertura a un ambicioso ciclo novelístico que abarcara por completo “la vida de los pueblos americanos de origen español” (489). Pretendía ejecutar la utopía americanista: reconquistar el continente mediante el discurso y la historia común.

Pese a su riqueza discursiva, los viajes y producción de Blasco sobre y en Argentina han sido generalmente reducidos a estrategia de enriquecimiento personal o apostolado de *España de pandereta*. Sin una aproximación trasatlántica, lejos de miopías peninsulares, se han restringido a una orilla y una visión sesgada. Propongo, por el contrario, aplicar el análisis textual que en *Transatlantic Translations* sugiere Julio Ortega al examinar: “series of texts, histories and ‘cases’, privileged by their density of information” (9), y dentro de los cuales, en mi opinión, puede insertarse *Los argonautas*:

[W]e will try to understand the formation of these changing and diverse subjects, produced in history and language. But they are also produced out of the political need to respond to the process of colonization, by means of narrative strategies, negotiations, appropriations, and trans-codifications, demands and debates which form a new ‘geotextuality’, a cultural practice of *hybridation* and *mestizaje*. It is here that we find the radical principle of the new: intermixing. (9)

En su propuesta de análisis, Ortega recupera ciertos paradigmas en la representación de América que se remontan a los inicios de su exploración y conquista. Y los define como sigue:

The first we have called the discourse of abundance or plenty, which offers a hyperbolic vision of American nature. The second is the discourse of scarcity, which offers a contrary, critical vision of poverty and disillusionment. And lastly, there is the utopian discourse, which offers alternative futures and the hope of an end to violence. (9-10)

El crítico interpreta estos paradigmas como flujos o procesos discursivos abiertos al cambio y germinadores. Si bien a veces se muestran en sintonía con verdades o tópicos aceptados, pueden también convertirse en una fuerza radical e innovadora (10).

Siguiendo este planteamiento, en primer lugar definiendo que en la novela, bajo el ímpetu de conquista del español y la disposición de los criollos a ser reconquistados, dialogan el hispanoamericanismo peninsular post-98 y el nacionalismo cultural del Centenario, movimientos indispensables en las relaciones Argentina-España a principios del XX. Esto es explicable cuando ambas corrientes se inscriben en el más amplio y poliédrico debate *raza latina* versus *raza sajona*: compartida y trasatlántica repuesta ante la pujanza sajona y una supuesta amenaza o pérdida de valores hispánicos.

Adicionalmente la novela enriquece estos debates subvirtiéndolos. En el texto, Blasco cuestionará la supuesta legitimidad y utilidad de esa reconquista espiritual latinoamericana avalada por el hispanoamericanismo peninsular y a sí mismo como propagandista de la misma. Al tiempo revelará a esas oligarquías tradicionalistas criollas en Argentina, que aplaudiendo los arrestos del hispanoamericanismo y bajo la máscara de *Ariel*, estaban respaldando un propio proyecto nacionalista, excluyente y conservador. Finalmente, mi análisis entrelaza todos estos debates presentes en *Los argonautas* con los paradigmas de abundancia, escasez y potencialidad.

Exhausto en lo crematístico y posiblemente en lo creativo, Blasco llega a Argentina, una potencial fuente de dinero y otros caminos literarios que ya había comenzado a explorar tras su etapa realista. Su arribada y la escritura de *Los argonautas* asimismo coinciden con el auge en la Península de una corriente hispano-americanista que Isidro Sepúlveda sintetiza: “Es el hispanoamericanismo, movimiento cuyo objetivo era la articulación de una comunidad transnacional sostenida en una identidad cultural basada en el idioma, la religión, la historia y las costumbres o usos sociales” (13). En este contexto, parte de aquella España recuperada en sus mitos culturales y que, a partir del pensamiento noventayochista había intentado restaurar la autoestima patria tras 1898, viajaría con el hispanoamericanismo a América como un modelo prestigioso que propalar. Este deseo confraternal alcanzaría un verdadero carácter institucional en la primera década del XX siendo Argentina un destino estrella. Sus propaladores reconociendo la pobreza de la España post-98 como potencia mercantilista o militar por oposición divulgarían una supremacía basada en la riqueza de cultura y valores.

Al principio de *Los argonautas*, la descripción del protagonista Fernando de Ojeda, cuyo apellido remite al explorador Alonso de Ojeda, nos presenta a un idealista y arruinado intelectual cuyo viaje y espíritu el mismo sitúa e identifica con el Siglo de Oro, Don Quijote y unos admirados Conquistadores a los que había compuesto una epopeya en su juventud. Tal conjunción de rasgos no es fortuita. Ojeda encarna los valores de ese hispanoamericanismo post-98 por el que el cuerpo intelectual, amparado en la tradición histórica, se arrogaba la tarea de rencontrar el afecto de las ex-posesiones americanas. Para ello recurriría a ciertos tropos de la identidad nacional imaginada por la Generación del 98, primordialmente el Siglo de Oro y Don Quijote. Junto con esto, este hispanoamericanismo cifraba primordialmente su éxito en la relectura e indulto de la Conquista.

En efecto, sin restañar los malentendidos de la historia, decisiva para los nacionalismos étnicos, una hermandad era inviable. En consonancia, el hispanoamericanismo proyectaba un rico inventario-catálogo de textos que ofreciera una versión alternativa y restaurada. La vindicación de la Conquista emerge como estrategia pedagógica y apologética prioritaria. El humanista e historiador alicantino Rafael Altamira (1866-1951) sienta las bases conceptuales de este pensamiento. María Angeles Ayala en su prólogo a *Rafael Altamira y la reconquista espiritual de América* delimita la visión de América para el intelectual español:

Las antiguas colonias españolas del continente americano son para Rafael Altamira parte fundamental de esa historia y de esa raza o genio nacional, de ahí que el escritor insista en el citado discurso en la necesidad de establecer una política pedagógica que sea útil para recuperar, sobre la base de un sustrato étnico y cultural común, los lazos entre España y las antiguas colonias. (13)

En estrecho diálogo con Altamira, *Los argonautas* evidencia, desde su título hasta su significación global, un profundo compromiso con la restauración de la Conquista. En 1916, el historiador Charles Fletcher Lummis publicaba *Los exploradores españoles del siglo XVI: vindicación de la acción colonizadora española en América*. En la sección *Caminantes de América* dedicaría el capítulo IX al vellocino de oro. Aquí equiparaba específicamente a los conquistadores españoles con *Jasones* y ensalzaba sus peligros (212). Tenía además este libro como autor de su prólogo a Rafael Altamira quien elogiaba lo que libros como éste estaban haciendo en defensa de la conquista:

Por muy desfavorable que ese balance nos sea, podemos confiar en que la total historia de nuestra colonización arroja mayor saldo en beneficio que en perjuicio nuestro, absolutamente consideradas las cosas y más aún si se compara aquella con las demás colonizaciones anteriores al siglo XIX y con algunas del siglo XIX y XX. v. gr. la holandesa de Batavia (el famoso sistema Bosh, por ejemplo) y no pocas las africanas. (15)

En sintonía, Blasco dedicaría múltiples páginas a combatir las, a su juicio, mentiras vertidas contra España por la prolífica *Leyenda negra*. Especialmente rebatirá las de Teodoro de Bry, impresor en Lieja, quien, según el valenciano, doquiera y por todos los medios: “[d]e 1570 a 1602 estuvo publicando libros y estampas para alimentar en Europa la curiosidad por los sucesos de las Indias y el odio a España dominadora del viejo mundo en aquel entonces” (661). Además de la rehabilitación de la Conquista en términos globales, en *Los argonautas* integraría también Blasco, por medio de personajes y otros recursos narrativos, los más importantes subtemas apologeticos del hispanoamericanismo. Sintetiza Isidro Sepúlveda:

Los temas preferidos fueron la reivindicación de la nacionalidad española de Colón, el respeto natural que se tuvo con los indios, la labor evangelizadora de los conquistadores y los colonizadores, la expansión de la cultura en tierras americanas, el desarrollo del ordenamiento administrativo, el crecimiento de la producción americana o la hagiografía de personajes, tanto gobernadores o conquistadores españoles como figuras destacadas de la sociedad criolla. (230-231)

En una extensa conversación, los españoles Maltrana y Ojeda abogan por la metrópolis respecto del tema del indígena. El primero considerará ridículas las lamentaciones por el maltrato al indio (661). Ambos censurarán la supuesta hipocresía de los padres de la Independencia que tras blandir contra España libros como *Atala* (1801) de François-René de Chateaubriand, hostigaron al indígena tras la emancipación. Se argüirá también aduciendo la equiparación: “Con el indio trabajaban obreros españoles [...] que sufrían tanto o más que ellos” (661). Con ello, se instilaba, aunque indirectamente, un argumento usado también por otros hispano-americanistas: en la época la esclavitud era ideología aceptada debido a la no existencia de derechos humanos. Y si en algún caso hubieran podido producirse atropellos, el hispanoamericanismo se amparaba en la comparación con otras potencias colonialistas: “Pero no eran mejores ni peores que los hombres de espada que en los mismos años hacían la guerra en Europa” (661). El argumento es claro. La esclavitud española permitió un abundoso rendimiento y con escaso maltrato, si se compara con otras colonizaciones.

En cuanto a la figura del Conquistador, en *Los argonautas* no sólo no será excepcionalmente violento comparado con otros, sino espiritualmente excepcional. Y Blasco contraatacará la generosa hispanofobia libresca que denuncia, con un discurso apologético asimismo generoso en clarificaciones y descargos. Diversas hagiográficas digresiones, plagadas a su vez de hipérbolos, exageraciones, mártires y profusión en el sufrimiento surcan la novela. En ellas, la abundancia en infortunio, fe católica o heridas de los Conquistadores, es sagazmente contrapuesta a su ulterior escasez en reconocimientos y beneficios. Esta contraposición resulta retóricamente muy útil cuando la exuberancia del oro fue el verdadero impulso de la Conquista. Las hazañas de Alonso de Ojeda, Diego Méndez y el descubrimiento del Río de la Plata protagonizan las más importantes, pero la figura de Colón recibe la mayor ponderación y restauración (547). No faltará el predilecto tema de la nacionalidad de Colón arguyéndose que era español por escribir y hablar en ese idioma (538-39). En general, estas extensas digresiones proyectan una enaltecida conquista que se superpone al presente sin heroísmo del trasatlántico.

En este sentido, el conquistador se convierte en sacrificado mártir recurriendo a una secular tradición justificativa que suavizó la conquista y que ahora el hispanoamericanismo rescataba. Si en un principio figuras como Colón o Cortés fueron glorificadas por sus expediciones y botín, posteriormente va emergiendo un discurso transformado que Beatriz Pastor delimita: “Pero, frente a ese discurso de la conquista mitificador de realidades, acciones y personajes, se desarrollaría otro de carácter muy diferente. Este se articulaba sobre el fracaso y reivindicaba el valor del infortunio y el mérito del sufrimiento” (191). Blasco se hará ampliamente eco de esta relectura en diversos pasajes como el siguiente: “La mala alimentación y las calenturas hacían de ellos feroces espectros enfundados en mortajas de hierro” (665). Esta maniobra permite colocar agresor como víctima frente a la *Leyenda negra*; además privilegia por su espiritualidad y sacrificio a una defenestrada metrópolis sobre potencias extranjeras.

Los embajadores hispano-americanistas como Blasco contaban por otra parte entre los éxitos de la Conquista la expansión de la cultura: “La literatura influyó más de lo que creen en la empresa de la conquista” (663) sentenciará Ojeda en *Los argonautas*. Los conquistadores habían sido también hombres de letras que verían materializados en América sus amados libros (664-665). Al afirmar esto, indirectamente señalaba Blasco la relevancia que, escritores como él y su literatura, tenían en la tarea de reencontrar América y difundir idearios nacionalistas.

En conclusión, a través de un generoso uso estrategias vindicadoras, esta novela desarrolla una de las principales tareas del hispanoamericanismo: restaurar el crédito de la Conquista. No es eso lo que la hace excepcional. Su escritor daría un paso más. No se limitaría a hacerlo insertando digresiones y por medio de personajes españoles, sino también en sintonía con personajes criollos tradicionalistas que ejecutan la defensa de la Conquista de acuerdo con una agenda nacionalista que es ahora preciso contextualizar.

Hacia 1909 Argentina se encontraba, como España, inmersa en críticos procesos de reevaluación nacional. En Latinoamérica, el intervencionismo estadounidense y la independencia de Cuba habían inaugurado un nuevo movimiento de solidaridad con España. La publicación del *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó confirmaría para algunos la necesidad de una comunidad latina frente al utilitarismo y materialismo. Por su parte, la Argentina a la que llegó Blasco luchaba por definir su argentinidad en medio de las espléndidas celebraciones del Centenario.

Gobierno y elites cercanas se afanarían por presentar un país de futuro, progreso y prosperidad. En esto se apoyarían en intelectuales como Rubén Darío. Su oda de encargo *Canto a la Argentina* (1914) celebra una república, germen y sustento para una *nueva* Europa, donde el fértil sedimento de pueblos y culturas europeas renace con la todavía pura savia de su vitalidad, tecnología y pluralidad étnico-cultural.

Sin embargo, más allá del entusiasmo compartido durante las celebraciones por la patria, no todos compartían ni propaganda oficialista ni plena confianza en el progreso. Entre ellos se contaba cierta aristocracia, conservadora, terrateniente y generalmente de raíces provincianas desplazada por el liberalismo económico y una fuerte industrialización. Esta expresaba oposición al *Calibán yankee* pero especialmente a los numerosos inmigrantes europeos que arribaban a Argentina. En *Transatlantic Translations* al analizar Julio Ortega el paradigma de la abundancia entorno al *fin de siglo* argentino afirma que: “Critical representations of abundance reappeared in Regionalism and Creolism, which promote a romantic anti-capitalism, condemning cities as places of decadence and foreign influence and offering the consolation of local colour” (20).

En efecto, estas elites tradicionalistas opondrían al exceso en extranjeros, capitales, ideologías foráneas, culto al dinero e individualismo la abundancia de lo opuesto en el campo argentino. El campo, reservorio de la auténtica argentinidad, abundaba en herencia autóctona y colonial, patriotismo, añejos linajes criollos y un posible mayor control sobre la instrucción pública. Todo ello facilitaba la articulación de un modelo nacional a cuya cabeza se situaría el criollo.

Entre los principales voceros de este malestar se contarían los escritores argentinos Manuel Gálvez (1882- 1968) y Ricardo Rojas (1882-1957), miembros de la llamada Generación del Centenario.⁵ Hispanófilos y admiradores de la Generación del 98 contemplarían España como un referente crucial para fijar la Argentina del XX.⁶ Frente a la escasez de valores y proyecto nacional que denunciaban en su tiempo, generarían una fecunda obra textual donde el estudio y producción de un discurso autóctono así como el afán pedagógico serían esenciales. La *Restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas supondría una enérgica llamada textual para restaurar, más allá de festividades triunfalistas, la esencia argentina.⁷ Mención merece aquí la relevancia para este nacionalismo de la revalorización del *Martín Fierro* (1872 y 1879) de José Hernández y su episodio textual más señalado: *El payador* (1916) de Leopoldo Lugones. Su escritor expresaría aquí, al recordar sus conferencias en 1913 y en cierto diálogo con Rojas y Gálvez, una tradicionalista animosidad contra la ascensión y pujanza de otros grupos sociales: “La plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán, desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos”(4).

⁵ La obra, eminentemente moralizante y nacionalista, del criollo Manuel Gálvez (1882-1968), está vertebrada por la denuncia de los, en su criterio, males de su tiempo unida a un mesiánico anhelo de redención en los valores católicos. Al igual que Ricardo Rojas, sufrió una negativa impresión del Buenos Aires que plasmaría en *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1910). La devoción de Gálvez por España se plasmaría en su ensayo de 1912 *El solar de la raza*. Considerado el más señalado texto hispanista del periodo, a caballo entre el ensayo de carácter meditativo y el libro de viajes, constituye una reivindicación de la raza y cultura hispánicas en tono nacionalista y católico. Ricardo Rojas (1882-1957), de ancestros hispánicos y provinciales, fue poeta, historiador y ensayista. En *La restauración nacionalista* (1909) argumentaba que Argentina necesitaba desarrollar una conciencia colectiva basada en sus propias tradiciones a través de la educación pública. Tres años más tarde con *Blasón de plata* (1912) elaboraría un recorrido por la historia argentina desde Colón hasta la emancipación. Ensalzaría la Conquista como un acto heroico y civilizador cifrando la esencia argentina en la ley, lengua y religión. La vena hispanista de Rojas se completaría con textos como *El alma española* (1908), *Poesías de Cervantes* (1916), *Cervantes* (1935).

⁶ En su obra *El solar de la raza* (1912) afirma Gálvez respecto de la Generación del Centenario: “El pequeño grupo que formamos, ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo en España aquella generación de ideólogos que surgió después del desastre. . . . También mi patria, por medio de sus jóvenes escritores, está observándose a sí misma y yo creo que ha empezado a conocerse” (16).

⁷ El momento aconseja con urgencia imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y las humanidades. El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las riquezas más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoleedor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla – cuanto define la época actual-, comprueban la necesidad de una reacción poderosa a favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles. (87)

Los temas estrella del nacionalismo del Centenario pueden sintetizarse en: la peyorativa percepción de Buenos Aires; el reconocimiento del sustrato autóctono y colonial frente a la divinización del progreso industrial por parte de la Generación del 80; la idealización de la Pampa y sus habitantes; la exaltación del criollo como garante de la salvación nacional; la importancia del control de la educación pública. Precisamente son algunos de estos mismos temas los que Blasco recreó en *Los argonautas* al percibir la realidad argentina desde la perspectiva y problemática del colectivo criollo que le apoyaba y era el público al que iban dirigidos sus textos.

Así en las conversaciones entre Maltrana y Ojeda sobre la Conquista, Blasco incluiría al criollo de raigambre española Zurita. Antiguo ministro de provincia y diputado nacional había participado en las expediciones de pacificación en el desierto. En un extenso intercambio entre Ojeda, Maltrana y Zurita, el último los reconoce como hermanos frente a *gringos* reafirmando así la esencia hispánica de América: “Al fin todos somos de la misma sangre” (644). En su ensayo *Argentina y sus grandezas* (1910) ya constataba Blasco también la asunción del linaje español por parte del criollismo.⁸

Al tiempo que admira las gestas de los Conquistadores, Zurita arremeterá contra las campañas educativas de la Generación del 80: “Cuando yo iba a la escuela [...] España era una madrastra cruel y los españoles unos ‘gallegos brutos’, que solamente habían sabido esclavizarnos y explotarnos” (658). El criollo no cuestiona la europeización, progreso o positivismo amparados por el 80, pero reclama para la metrópolis las bases de la riqueza actual: “[lo] prepararon todo para que los europeos que llegasen después no se murieran de hambre...” (658). Aún agradece un hecho más: la labor de exterminio del indio y blanqueamiento que iniciaron españoles y continuaron criollos tras la Independencia (659). Para alguien como Zurita que había participado en las campañas de exterminio indígena avaladas por presidentes como Julio A. Roca, el ataque español al indígena había sido una ayuda. En la visión de América para esta rancia aristocracia criolla, más indios representaban escasez de productividad, más blancos opulencia. Y en efecto, la exclamación de Zurita: “¡Lo que me han hecho sufrir indios y mestizos!” (661), quien por otra parte afirma ser “americano” pero no “indio” (660), resume el sentir de todo un grupo social que entendía mestizaje como perjuicio nacional. Sentenciará: “En la antigua América española, los pueblos más adelantados

⁸ “Los argentinos de estirpe tradicional, cuando rememoran el pasado, hablan con noble imparcialidad de los hermanos españoles que llevaban sus mismos nombres y su sangre, a los que tuvieron que vencer sus gloriosos abuelos por la necesidad histórica” (53). La publicación de *Argentina y sus grandezas* había respondido a dos objetivos: pagar la generosidad del gobierno argentino al invitarle y al tiempo atraer colonos para sus tierras en Río Negro y Corrientes. Ana María Martínez de Sánchez es la estudiosa que más extensamente ha estudiado las estancias de Blasco en Argentina. En su trabajo *Vicente Blasco Ibáñez y la Argentina* se refiere en estos términos al texto *Argentina y sus grandezas*: “La admiración por la naturaleza y las obras del hombre sobre ella, son la parte fundamental de Argentina y sus grandezas. Logró una magnífica descripción de los territorios que había recorrido, en la que transmite entusiasmo y curiosidad” (87).

son ahora aquellos que tienen menos indios” (659). Opondrá la pintura del blanco: “Éstos trabajarán en paz, y seguramente irán lejos” (660-661). Por otro lado reprochará a España el hecho de haber malgastado la semilla en el mestizaje (660) y defenderá el uso colonial del maltrato físico (661). Los españoles Maltrana y Ojeda no contradicen en ningún momento al doctor. En sintonía con *Los argonautas*, en el tratado *Argentina y sus grandezas* Blasco encomia del mismo modo las campañas de exterminio del indígena, y ofrece la imagen de un país blanco donde los elementos “salvajes” están neutralizados.

Las racistas afirmaciones de Zurita hunden sus raíces en el pensamiento de la Generación del 80. El determinismo racial de las primeras décadas del siglo XX se asentaba sobre una larga tradición positivista de desprestigio por el mestizaje. Los ensayos *Conflicto y armonía de las razas en América* (1883) de Domingo Faustino Sarmiento, de Carlos Octavio Bunge *Nuestra América* (1903) son sobresalientes ejemplos de esta tendencia. Asimismo el positivismo racial, aun con metamorfosis y mitificaciones de lo autóctono, forma parte esencial del pensamiento del Centenario. Para el criollo, él es la raza destinada a regir los destinos argentinos. Ricardo Rojas en *Blasón de plata* (1912) considera el elemento indígena como patrio pero necesariamente extinto bajo las armas y una civilización más evolucionada. Para Manuel Gálvez, ese indio, al que en *El diario de Gabriel Quiroga: Opiniones sobre la vida argentina* (1910) denuesta por “su entusiasmo por las cuentas de vidrio, las plumas coloreadas y los objetos vistosos” (143), es asimismo redimible dentro de la preservación del provincialismo autóctono. Pero una vez que como raza “vencida” asume la preponderancia criolla. En definitiva, el indio del Centenario se constituye como un objeto cultural al servicio de la causa nacionalista, y muy oportuno frente a la influencia ideológica y moral de la inmigración.

Uno de los mayores afanes del criollismo del Centenario era diferenciar Argentina como país estable frente a otras áreas alejadas del Cono Sur más sediciosas y con revoluciones contra el *statu quo* del blanco. Dentro de este esquema, el elemento mestizo y mulato es temido, particularmente aquél extranjerizado y con cierta altura social. Tales reticencias encuentran eco en *Los argonautas* a través de Isidro Maltrana. Secundando al criollo Zurita censura a un pasajero “subido de color” y “con los pantalones recogidos a la inglesa” por su “acento meloso” así como su acendrada pasión por Inglaterra. Según Maltrana proviene de una “republicuita” donde “todos los años corren a un presidente” y “para ser algo hay que probar que se desciende de ocho abuelos indios y media docena de negros” y “el blanco queda abajo” (525-526). Le acusará además el español de promover la hispanofobia (659).

La mezcla de razas es peligrosa como posible desestabilización de las líneas familiares en poder desde los procesos de independencia. Ciertamente en el tiempo del Centenario el acceso a los bienes de consumo había conllevado una progresiva disociación entre el dinero y el abolengo.⁹ Los sectores conservadores reaccionaron

⁹ Jeane Delaney explica en su artículo “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-of-the-Century Argentina”: “The increasing prosperity and new consumption patterns meant that visual cues were no longer reliable means of ascertaining social status”

generando un fervoroso culto por títulos y jerarquías que es retratado asimismo en la novela. Las matronas argentinas sueñan con conocer al rey de España o descubrir su noble linaje en un antiguo pariente. Para el criollo aquella sociedad estratificada en privilegios por tradición zozobraba. El modelo social amparado por el emergente utilitarismo y capitalismo propugnaba un individuo, agente de consumo y producción, que podía encumbrarse profesionalmente con independencia de raza o abolengo.

Clamará Manuel Gálvez en este sentido: “Los mulatos diplomados comparten con los maestros normales la supremacía intelectual de la provincia. Nada más irrisorio que llamar doctores a los analfabetos patentados que, año tras año, abortan nuestras facultades de derecho” (*Diario* 73). ¿Y por qué equiparar al maestro con el mulato? Tanto Gálvez como Rojas, cifraban parcialmente en el control de la educación el éxito de su campaña nacionalista. En el caso de Gálvez la aversión por el mulato, se equipara con el maestro normalista. El mulato podía desestabilizar la judicatura, lo mismo podía hacer en la sociedad provinciana la pedagogía *normalista* con su laicismo, liberalismo e ímpetu modernizador. ¿Y por qué la provincia? En realidad la provincia y el campo emergen para el criollo como baluarte nacionalista frente a la ciudad. Desde allí, donde una supuesta pureza permanece, se debe reconquistar lo foráneo.

Y en efecto, es imposible comprender el nacionalismo del Centenario sin el más importante debate del *fin-de-siglo* argentino: *civilización o barbarie*. Con el fin de las guerras civiles y la lucha contra el indio el campo se ha estabilizado y este debate ha sufrido una reorientación. Ahora provincia se contempla por el criollo lejos de la barbarie tras la inversión de la consigna paterna del 80. La civilización urbana, que antes salvaba de la barbarie provincial, ahora, identificada entre otros espacios con París, se percibe como la raíz de los problemas. Por oposición emerge un canto bucólico y elegíaco por preservar la provincia cuando la supremacía en Buenos Aires zozobra.¹⁰ Frente una Buenos Aires materialista, megalómana imitación Londres o París, ahora son las ciudades provincianas las que atesoran los genuinos valores argentinos como atestigua Gálvez: “Hay en ellas un sentido profundo de nacionalidad, una honda conciencia de raza. [...] y ellas constituyen lo único argentino que ahora nos va quedando” (*Diario* 146). De este espíritu participan también las *Odas seculares* (1910) de Leopoldo Lugones,

(455). Por su parte, Ojeda observa este fenómeno en el trasatlántico: “[y]a tienen el dinero: ahora les falta el lustre social ...Y empujan hacia arriba con su audacia de antiguos emigrantes que no conocen la vergüenza ni el ridículo” (616).

¹⁰ En su artículo dedicado a la conformación del estado argentino y titulado “Imagining ‘El Ser Argentino’: Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina” Jeane Delaney subraya: “The belief in the existence of an essential, underlying national ser or essence with which Argentines were in danger of losing touch prompted a new interest in the rural interior among cultural nationalists [...] Thus, for both Gálvez and Rojas, the provinces were more idealistic, less tainted by materialism and thus more authentically Argentine” (636).

compuestas en honor del Centenario. En tono bucólico y con ecos de *Las Geórgicas* (29 a. C) de Virgilio, ensalzan primordialmente el medio rural y la tradición nacional.

Este sentimiento criollo de pérdida y alarma es encarnado en *Los argonautas* por Doña Zobeida Vargas del Solar. Un encolerizado lamento apela a Ojeda y Maltrana: “Pero están mis nietos, mis pobrecitos, condenados a vivir en esa tierra de gringos” (607). Linajuda viuda vuelve a su originaria Salta. En ella, Maltrana y Ojeda destacarán la nobleza de un legado hispánico acorralado por la vulgaridad de extranjeros y nuevos ricos argentinos. Zobeida anda en pleitos contra abogados de Buenos Aires, esas “aves negras porteñas,” que quieren despojarle de su herencia colonial. Blasco se hace eco de una de las múltiples vertientes del conflicto entre urbe y provincia en los tiempos del Centenario. Los grandes proyectos industriales extranjeros, particularmente las compañías británicas de ferrocarril, con la complicidad del gobierno en Buenos Aires, mantenían numerosos conflictos con los hacendados por el control de los terrenos. Asimismo el conflicto ganadería versus agricultura surgía al enfrentarse el criollo de tradición ganadera con el *gringo* promotor del cultivo. Zobeida, como no podía ser de otro modo, defenderá su causa apoyándose en prestigios de abolengo: “Los porteños, ahora tan orgullosos, datan de ayer; son en su mayor parte, hijos de gringos emigrantes. Nosotros somos nobles” (604). Y la dama rememora la casona familiar con una prosa exquisita y arcaizante que nos recuerda sonidos de *La gloria de don Ramiro* (1908) de Enrique Larreta, admirada obra de Blasco, o *Sangre patricia* (1902) del venezolano M. Díaz Rodríguez.

Imposible es asimismo no conectar la aversión de Zobeida por el *gringo* con el otro gran debate que transita *Los argonautas: sajón versus latino*. Similar preocupación a la que siente Zobeida por el futuro de sus nietos experimentan Ojeda y Maltrana cuando ven a aproximarse a los hijos del criollo Zurita y otros amigos argentinos. La *rodoniana* descripción de sus pies a cargo de Ojeda da paso a una apelación *arielista*: “Los *latinos* somos bellamente ligeros, más *alados* que esas gentes del norte. Se ve la influencia aristocrática de los conquistadores andaluces en los pies breves y graciosos de las sudamericanas” (556). Por oposición se describen las extremidades de “esa gente del Norte,” cargados de ostentosos adornos de oro: “Tras ellos subían enormes zapatos de hombre, embetunados y de fuerte morro, que dejaban en la alfombra una huella de pesadez” (556). Ojeda sentenciará la conversación verbalizando el temor ante el creciente y aplastante imperialismo de las potencias extranjeras: “¡Pero quién sabe si el mundo no está destinado a ser una presa de los pies grandes! [...] Nuestros pies son más graciosos, tienen algo de salto de pájaro, pero dejan poca huella” (556).

La apelación *arielista* de Blasco no sorprende cuando la afinidad entre los más altos valedores del hispanoamericanismo y el *arielismo*, Rafael Altamira y José Enrique Rodó, es papable en el prólogo del primero al *Ariel* (1900): “A la juventud española importa, pues, tanto como a la de América, leer y meditar el libro de Rodó.”(10). Por su parte en Argentina encontraron fructífero solar el mensaje del *Ariel* pero también

escritores argentinos como Manuel Ugarte, defensor del concepto de “nación latinoamericana,” que alertaban del militarismo estadounidense.¹¹

En *Los argonautas* los pasajeros norteamericanos destacan, según Maltrana, por su vulgaridad como “*com-boys* en traje de domingo”, su prepotencia cuando “sacan a puñados los billetes de Banco”, su voracidad porque “se han bebido seis botellas y roto dos” y por su patriotismo cursi cuando “ponen los ojos en blanco gritando: *Americain! Americain!*” (553-554). El texto aquí se hacía eco de algunos rasgos como simpleza, fanfarronería y carencia de elevación moral que el antiamericanismo surgido tras la intervención cubana atribuiría al “gigante” del norte. A pesar de once años de diferencia, las similitudes entre Blasco y *El triunfo de Calibán* (1898) de Rubén Darío son reseñables: “El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben whisky y hacen millones. Cantan *¡Home, sweet home!* y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*, un negro y una pipa.” En ambos casos destaca su pobreza espiritual por oposición al despilfarro materialista.

El esencial binomio finisecular *materialismo versus espiritualismo* es otra de las aristas del debate *latino versus sajón* que Blasco integra en *Los argonautas*. En el capítulo quinto Ojeda y Maltrana protagonizan un intenso duelo dialéctico sobre la utopía y la materia. Por las fisuras del idealismo de Ojeda, Blasco deslizará no obstante el discurso antitético de Maltrana, es decir, la polifonía y discordancia de aquellos que cuestionaban fraternidades idealistas o regeneracionismos hispanoamericanos.

Ideal y esperanza han marcado según Ojeda el rumbo humano, incluyendo el deseo, pasado y futuro, de alcanzar América. No lo es para Maltrana: “el dinero es . . . la última finalidad de los mayores idealismos” (600). Recordemos como inciso que el discurso de Ojeda contradice los verdaderos móviles monetarios de su viaje y el festín de sexualidad que vivirá en el *Goethe*. En América, donde el poeta dice ver molinos de poesía y esperanza, Maltrana capitalismo y bienestar material. Frente a una concepción de la humanidad basada en la metafísica y una herencia cultural, Maltrana propone su subversión. El dios Pluto [abundancia] ocupa ahora el trono de Zeus en el Panteón helénico (597). Su apología del dinero se torna incluso nacionalista al tildar de atraso e incapacidad la tendencia española, particularmente la religión y la literatura, y entre ellos Ojeda, a encubrir o humillar la riqueza bajo valores como honra o caballerosidad (591). Según Maltrana, esto es incluso más censurable cuando fue “la conquista del Vellochino de Oro” lo que impulsó los hitos definitorios de nuestra historia: las Cruzadas y la Conquista (599). Si bien valora las aportaciones peninsulares del misionero, el cristianismo y el honor, no obstante denuncia que durante la colonia los pueblos de Hispanoamérica languidecieron: “produciendo lo estrictamente necesario para su

11 Así comenta el editor Norberto Galasso en la introducción al libro *La nación latinoamericana* respecto de la pintura de Estados Unidos por parte de Manuel Ugarte en *El peligro yanqui* (1901): “La política exterior de los Estados Unidos tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando primero con la acción primero con la acción de la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas” (xviii).

mantenimiento” (595) y han prosperado verdaderamente con la llegada del progreso moderno encarnado en la locomotora o el buque de vapor. ¿Y Potosí y otros cuantiosos caudales producidos? interpela Ojeda. La Colonia, defiende Maltrana, produjo una riqueza asfixiada por la voracidad improductiva de mercaderes, usureros y judíos. El “alado” dinero moderno fluye hoy descentralizado por todo el globo: rápido en sus transacciones, a la luz, y más accesible (594).

Fruto de esta disensión, de la novela emanan dos potencialidades. Las diversas nacionalidades, el infatigable afán por industrias y planes, las admirables máquinas en el *Goethe* prefiguran el dinamismo, riqueza étnica y mercantilismo que Maltrana espera al final de su viaje. La potencialidad de América está en su futuro y en el individuo. Para Ojeda se encuentra más bien en su pasado cultural y la unidad hispanoamericana: “existían miles de ciudades unificadas por el idioma, las costumbres y un concepto peculiar del honor. Ochenta millones de seres hablaban el castellano y pensaban en él” (657).

Blasco optará por clausurar su novela sin tomar partido y constatando su ansiedad sobre la Argentina post-Centenario: la lluvia de libras que espera Maltrana caerá, pero sólo alcanzable con “sudor y posturas dolorosas.” Sus emociones son compartidas. Invocando al mantenimiento de la paz y fraternidad futuras y con cierto desasosiego cierra Darío en 1914 el *Canto a la Argentina*. Leopoldo Lugones por su parte nos previene al final de las *Odas seculares*: “Que el sol de la bandera no cobije intereses/bastardos proveyendo la igualdad de las mieses” (150).

Como conclusión podemos decir que *Los argonautas*, como reflejo de su tiempo, no cierra o ansiedades disyuntivas más bien abre al lector potencialidades que asimismo al reflejarse dialécticamente frente a frente revelan sus mutuas limitaciones, deformaciones y quizá inevitable exclusión. Ojeda-Maltrana, o la escisión de Blasco, concluye perdido, quizá más lúcido. En su novela, el nacionalismo filo-hispánico, espiritualista e historicista no solventa la crisis de referentes. Y quedan en evidencia unos modelos de representación que ahora incluso han perdido la representatividad que tradicionalmente los ha sustentado. La tecnología y el progreso material tampoco colman el vacío. Por lo tanto, Blasco queda suspenso en su espacio textual trasatlántico, problemático, y sobretudo virtual ya que integra una amalgama y correlación de discursos que devienen ficciones. A través de la escritura se ha producido lo que Paul Giles en *Virtual Americas* denomina una “virtualización”, es decir un proceso: “[that] works to hollow out cultural formations by looking at them from a comparative angle of vision. It is as if the observer were seeing native landscapes refracted our inverted in a foreign mirror” (1-2).

El *fin de siglo* puso a intelectual y ciudadanía en una imposible bisagra: saltar al impredecible futuro de la modernidad o retornar al pasado y la tradición como fuentes para definir las sociedades y naciones del siglo XX. La respuesta de Blasco fue un texto denso, heterogéneo y contradictorio en discursos y modelos. Bien es cierto que Blasco se alineó en Argentina con el hispanoamericanismo intelectual o las élites criollas,

ambos trataban de garantizar el continuismo de la influencia peninsular frente a modernidad y la emigración. Sin embargo, les puso el espejo de otras de las otras voces y conflictos que conformaron la crisis del cambio de siglo. La imagen del choque trasatlántico resultaría borrosa y relativa.

OBRAS CITADAS

- Altamira, Rafael. *España en América*. Valencia: F. Sempere y Compañía, 1908. Impreso.
- . *Mi viaje a América*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2007. Impreso.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *Argentina y sus grandezas*. Buenos Aires: Institución Cultural Española, 1943. Impreso.
- . *Obras Completas. Vicente Blasco Ibáñez*. 6 vols. Madrid: Aguilar, 1961-1977. Impreso.
- . *Epistolario de Vicente Blasco Ibáñez, Francisco Sempere (1901-1917)*. Ed. Miguel Herráez. Valencia: Generalitat Valenciana, Consell Valencià de Cultura, 1999. Impreso.
- Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América: Ensayo de psicología social*. Barcelona: Henrich, 1903. Impreso.
- Chateaubriand, François-René de. *Atala*. Genève: Droz, 1973. Impreso.
- Darío, Rubén. *Canto a la Argentina y otros poemas*. Madrid: Biblioteca Corona, 1914. Impreso.
- . “El triunfo de Calibán” (1898). *Obras completas*. vol.4 . Madrid: A. Aguado, 1950-1955. 569-76. Impreso.
- De Laney, Jeane Hunter. “Imagining ‘El Ser Argentino’: Cultural Nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina.” *Journal of Latin American Studies* 34.3 (2002): 625-58. Impreso.
- . “Making Sense of Modernity: Changing Attitudes toward the Immigrant and the Gaucho in Turn-of-the-Century Argentina.” *Comparative Studies in Society and History* 38.3 (1996): 434-59. Impreso.
- Díaz Rodríguez, Manuel. *Sangre patricia*. Caracas: Ediciones Nueva Cádiz, 1955. Impreso.
- Gálvez, Manuel. *El diario de Gabriel Quiroga: Opiniones sobre la vida argentina*. Buenos Aires: A. Moen & Hno., 1910. Impreso.
- . *El solar de la raza*. Madrid: Biblioteca Calleja, 1920. Impreso.
- Giles, Paul. *Virtual Americas. Transnational Fictions and the Transatlantic Imaginary*. Durham: Duke University Press, 2002. Impreso.
- Larreta Rodríguez, Enrique. *La gloria de don Ramiro. Una vida en tiempos de Felipe II*. Buenos Aires: Grandes Librerías Anaconda, 1933. Impreso.
- Lugones, Leopoldo. *El payador, tomo I*. Buenos Aires: Otero & Co, 1916. Impreso.
- . *Odas seculares*. Buenos Aires: Arnoldo Moen & Hno., 1910. Impreso.
- Lummis, Charles F., *Los exploradores españoles del siglo XVI: vindicación de la acción colonizadora española en América*. Barcelona: Ramón de_S.N. Araluce, 1916.

- Impreso. Martínez de Sánchez, A. M. *Blasco Ibáñez y la Argentina*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, 1994. Impreso.
- Ortega, Julio. *Transatlantic Translations. Dialogues in Latin American Literature*. London: Reaktion Books Ltd, 2006. Impreso.
- Pastor Bodmer, Beatriz. *Discursos narrativos de la conquista. Mitificación y emergencia*. Hanover: Ediciones del Norte, 1988. Impreso.
- Rodó, J. Enrique. *Ariel*. Prólogo de Rafael Altamira. Barcelona: Cervantes, 1926. Impreso.
- Rojas, Ricardo. *Blasón de plata*. Buenos Aires: Losada, 1946. Impreso.
- . *Cervantes*. Buenos Aires: Losada, 1948. Impreso.
- . *El alma española, ensayo sobre la moderna literatura castellana*. Valencia: F. Sempere, 1908. Impreso.
- . *La restauración nacionalista*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909. Impreso.
- . *Poesías de Cervantes*. Buenos Aires: Coni Hermanos, 1916. Impreso.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Conflicto y armonía de las razas en América*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915. Impreso.
- Sepúlveda, Isidro. *El sueño de la Madre Patria: Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005. Impreso.
- Tortosa, P. *La mejor novela Vicente Blasco Ibáñez: su vida*. Valencia: Prometeo, 1977. Impreso.
- Ugarte, Manuel. "El peligro yanqui." *El País* 19-X-1901; recogido en *La nación Latinoamericana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978. Impreso.
- Valero Juan, Eva María. *Altamira y la reconquista espiritual de América*. España: Universidad de Alicante, 2003. Impreso.